

CONCLUSIONES

Como ha podido observarse, el parlamentarismo británico conocido como sistema Westminster se ha convertido en un ente político que ha evolucionado de manera ininterrumpida a lo largo de ochocientos años. Este esquema, que surgió de la necesidad para alcanzar acuerdos y soluciones en un mundo medieval, fue desarrollando alcances ilimitados en el manejo del poder por parte de los súbditos de la Corona inglesa a principios del siglo XIII. Si bien en sus orígenes los ejercicios de asambleas de notables reunidos alrededor del rey se utilizaron más bien como un instrumento de delegación de poder, muy pronto serviría para que la ascendente burguesía medieval encontrara mecanismos para cuestionar al monarca y limitar sus excesos.

La fuerza de este grupo social provino de su condición de representantes electos por sus comunidades, lo que sin duda otorgó extensos márgenes de legitimidad a sus demandas de mayor atención y sensibilidad por parte de las autoridades. Así, como encargados de salvaguardar los intereses de sus localidades frente al monarca en turno, los representantes del pueblo reunidos en asambleas, y posteriormente en parlamentos, se convirtieron en “comunes”, pues ahí en esa sala se reunían los súbditos sin jerarquía social ni religiosa a discutir las problemáticas más comunes de la gente común.

Conforme pasaban los siglos, esta Cámara iría eclipsando el poder divino de la realeza y el social y cultural de la aristocracia inglesa asentados en su Cámara de los Lores, llegando incluso a erigirse en el paradigma de la representación, la democracia, la justicia y la estabilidad en todo el Reino. Este ejercicio constante fue creando leyes y reglamentos hasta llegar a constituir modos de vida y prácticas legales que encontraron sustento y legitimidad en normas jurídicas no escritas pero sí vigentes con base en los usos y costumbres. Esto último se convirtió en la esencia del espíritu cultural, de las prácticas jurídicas y del estilo político inglés y posteriormente británico.

De este modo, las dinámicas parlamentarias inglesas fueron reduciendo la influencia y el poder de la monarquía en turno y, al mismo tiempo, extendiendo la hegemonía y los alcances de la nueva burguesía, que reivindicaba su sitio, pues se componía de los principales y más importantes contribuyentes del Reino.

Por esa razón, en el siglo *xvi* los intereses del Reino tuvieron que separarse definitivamente en dos cámaras, una reservada para los aristócratas con abolengo y los enviados de la Iglesia (Cámara de los Lores), y otra compuesta por los representantes de los caballeros de las villas y las burguesías locales (Cámara de los Comunes). En esta última, la reforma protestante del *xvi* cobró mayor importancia al convertirse en un signo de lealtad al soberano. Sin embargo, la rivalidad de la Corona protestante anglicana con las monarquías católicas de Europa obligó a los monarcas ingleses y británicos a depender más de sus súbditos, pues debieron solicitarles mayores recursos económicos para enfrentar los desafíos militares que provenían de la parte continental del viejo mundo, principalmente de Francia y España.

Esta necesidad de la Corona inglesa trajo consigo la oportunidad de que los comunes interiorizaran su propia importancia como elementos imprescindibles para la supervivencia del poder real, por lo que exigieron mayores espacios y garantías constitucionales para su gremio. Su éxito fue tal que no sólo terminaron por someter a la monarquía, sino que también la dejaron en una posición de vulnerabilidad incluso al momento de recibir recursos para su propia subsistencia. Sin duda, como pudo observarse a lo largo de esta obra, uno de los pilares que manifiestan el poder de la Cámara de los Comunes en el sistema Westminster es su capacidad exclusiva para legislar en materia hacendaria, convirtiéndola en el único organismo de gobierno capaz de intervenir directamente en los bolsillos del pueblo. Es por eso, precisamente, que un primer ministro en el esquema Westminster funge al mismo tiempo como el encargado de las finanzas y de los asuntos hacendarios, en un ejercicio que pone de manifiesto su poder.

Así, a partir de la consolidación en ese rubro de los comunes y su cámara, el crecimiento del parlamentarismo significó el mantenimiento y la ampliación de sus capacidades, de modo que finalmente, con la aparición de los primeros partidos políticos en los siglos *xviii* y *xix*, terminó por constituirse el cuerpo de este poderosísimo órgano legislativo que gobierna en Gran Bretaña.

Esta nueva modalidad parlamentaria, en donde los representantes se dividían en agrupaciones políticas para contender por los asientos en el Parlamento británico, pronto determinó las nuevas dinámicas legislativas, ya que los miembros del Parlamento comenzaron a seguir agendas políticas de acuerdo con la línea ideológica de su respectiva agrupación, y no solamente las directrices del patrocinador o acaudalado patrono que impulsaba las carreras políticas de los comunes. Durante esta etapa también las agrupaciones obreras y de trabajadores comenzaron a tener incidencia en la política británica, una vez que sus representantes comenzaron a alcanzar escaños parlamentarios desde los cuales exigían atender sus demandas de clase.

En lo que corresponde a los métodos de elección para los integrantes de la Cámara de los Comunes, pudo observarse que éstos variaron y fueron adaptándose con el transcurso del tiempo, al pasar de esquemas de nombramiento directo de diputados que representaban condados específicos, hasta llegar a marcos electorales tan diferentes y complejos como los actuales que funcionan en los países que se rigen por el sistema parlamentario Westminster.

Por otra parte, en cuanto a los procesos de reorganización política al interior del Parlamento británico que se vivieron en los últimos siglos, sobresale que los hábitos y estilos legislativos de negociación y construcción de acuerdos que se lograron en Gran Bretaña eventualmente se aplicaron y reprodujeron de varias formas en otras naciones cercanas, como Escocia, Gales, Irlanda e Irlanda del Norte, en donde el dominio de Londres fue intenso y absoluto, pues costaría varios siglos y múltiples conflictos sociales y militares imponerlos finalmente en toda Gran Bretaña, tal y como se señaló en su oportunidad.

En lo que toca a las colonias y dominios británicos alrededor del mundo, este mecanismo político de gobierno, que en ellos se consolidó en formas de autogestión, encontró en los colonos británicos a sus ejecutores ideales, ya que exportaron el modelo a diversos rincones del planeta durante la etapa imperial británica y desde ahí buscaron implantar sus hábitos políticos para lograr estabilidad en regiones muy alejadas de la metrópoli. Tal es el caso de países como Sudáfrica, Australia, Nueva Zelanda y Canadá.

Para el caso canadiense que atañe a este trabajo, pudo comprenderse cómo sus elites resolvieron, desde el reconocimiento —por parte de la Corona y su Parlamento— de Canadá como una comunidad autónoma en 1867,

adoptar el modelo parlamentario británico en su versión más estricta, y no sólo eso, sino también mantenerlo incólume con el paso de los siglos. Uno de los elementos que distinguen este conservadurismo político canadiense es, sin duda, la persistencia de su sistema electoral *first past the post*, que constituye el paradigma de la exclusión política para los nuevos actores y, al mismo tiempo, el máximo ejemplo de lo que representa el monopolio bipartidista liberal-conservador en cualquier versión Westminster. El motivo de esta afirmación es que después de revisar los antecedentes históricos y el funcionamiento del sistema político-electoral en otras naciones de Gran Bretaña es un hecho probado que el régimen político canadiense es el más conservador de todos.

Por ejemplo, basta recordar que en Gales, Escocia y en la Asamblea de Londres se utiliza el sistema electoral *mixed member proportional* (proporcional), y en Irlanda del Norte el *single transferable vote* (voto único transferible), que garantizan la equidad partidista y la gobernabilidad. En ambos casos las coaliciones de gobierno llevan a las autoridades a mostrarse más tolerantes y abiertas y, por ende, a alcanzar acuerdos y a evitar arbitrariedades en el uso del poder.

De igual modo, países como Australia y Nueva Zelanda utilizan la segunda vuelta instantánea, de manera particular el primero, conocida en inglés como *instant-runoff voting* o *alternative vote*, en donde los aspirantes con más votos netos a nivel nacional se imponen gracias al despliegue de varias rondas de votación implícitas en un solo sufragio, pues se enumeran los candidatos de preferencia del más al menos favorecido. Por su parte, en Nueva Zelanda se lleva a cabo también el sistema *mixed member proportional*, que otorga asientos por mayoría de acuerdo con el esquema “del ganador se lleva todo”, pero también a través de listas plurinominales en donde los partidos con mayores votos asignan diputados a la Cámara de los Comunes. Estos dos sistemas buscan eliminar el bipartidismo, con la finalidad de ampliar el espectro político hacia los partidos pequeños

Sin embargo, en Canadá todavía se utiliza exclusivamente el sistema *first past the post*, que genera mayorías artificiales por las razones ya expuestas, lo que ha beneficiado a liberales y conservadores al garantizarles el acceso al poder de manera ininterrumpida desde 1867. En este sentido, debe recordarse que sólo la Cámara de los Comunes de Gran Bretaña es el otro único organismo parlamentario que mantiene este mismo esquema electoral, con

la salvedad de que los gobiernos de coalición han sido un elemento común en la práctica de gobierno británica, no así en Canadá, que ha rechazado abiertamente esa posibilidad con argumentos tan falaces como que ese tipo de gobiernos son el resultado de la unión entre perdedores o *losers*.

Desde luego, como ha podido observarse esta dinámica que practican las autoridades liberales y conservadoras canadienses tiene como intención excluir a terceros partidos de la posibilidad de convertirse en protagonistas con incidencia directa en los gobiernos de coalición. En la actualidad estos hábitos, de limitarse a mantener solamente gobiernos de minoría o mayoría, tienen como dedicatoria especial alejar del poder a la izquierda partidista, representada en Canadá por el Partido Neodemócrata (NDP). El NDP mantiene tradicionalmente una agenda progresista, incluyente y crítica hacia diversas estructuras del poder en Canadá, de manera particular hacia el Senado. Es ahí precisamente donde radica una de las banderas de la izquierda partidista, ya que consideran que dicho organismo es poco funcional. De hecho, éstos fueron los mismos argumentos que se expusieron en Nueva Zelanda para eliminar su Senado desde mediados del siglo xx.

A lo anterior debe añadirse al análisis reciente de la figura del expresidente ministro canadiense Stephen Harper, quien más allá de sus proyectos y estilo de gobierno, no cabe duda de que fue un personaje que expuso quizá más que ningún otro en su lugar las grandes áreas de oportunidad de que dispone el sistema parlamentario de ese país, pues desde la primera magistratura logró reafirmar su posición, y gracias a su instinto político, además de a su buen manejo de los tiempos legislativos, pudo llevar adelante sus administraciones minoritarias, y posteriormente consolidar su posición como eje rector de la vida política nacional a través de un gobierno de mayoría, de 2011 a 2015.

Y es que precisamente fue la actividad política de Harper la responsable de exteriorizar los defectos del sistema parlamentario canadiense a través del uso y abuso de las prórrogas parlamentarias en momentos críticos de su administración, para salvar su posición como jefe de gobierno. Para lograr lo anterior, aprovechó que la tradicional práctica de “gobierno responsable” utilizada por siglo y medio en Canadá evitó muchos de los excesos parlamentarios en los que puede incurrir un primer ministro en funciones para garantizar su permanencia. En este sentido, sin el menor recato Harper utilizó las herramientas legales a su alcance para estos fines, con argumentos tan disímiles como no interferir en la celebración de los Juegos Olímpicos de Invierno

de Vancouver en 2010 o evitar la potencial llegada de socialistas, separatistas quebequenses y liberales, quienes en su opinión usurparían la democracia canadiense a través de gobiernos de coalición, ajenos a la práctica vigente.

Asimismo, los escándalos de corrupción entre miembros conservadores del Senado a partir de 2012 fueron también razones para que el primer ministro clausurara las labores parlamentarias, en un intento de parar las críticas en su contra. Sin duda, lo más sobresaliente fue que en estas tres ocasiones los objetivos de Harper se cumplieron a cabalidad, pues en los dos primeros casos se mantuvo en el poder, y en el tercero sofocó las duras críticas en su contra.

Así, después de un repaso histórico-político del parlamentarismo británico y de su llegada y funcionamiento en Canadá, no debe quedar lugar a dudas de que este sistema es viejo pero actual; no es democrático en esencia pero sí es representativo; de sus entrañas pueden desprenderse acciones legales pero no siempre legítimas y que puede ser contradictorio pero nunca obsoleto. Lo que también puede afirmarse es que el modelo Westminster es la respuesta más sólida y contundente del individualismo capitalista al despotismo aristócrata europeo.

En América, el sistema Westminster se instaló en territorio canadiense para garantizar las canonjías de sus temerosas elites, las cuales elaboraron, reinterpretaron y adoptaron una serie de principios democráticos británicos y los transformaron en una pesada coraza que protegió los intereses de los hombres más poderosos en el siglo XIX, conocidos en la historia canadiense como los padres fundadores; casi todos ellos formaban parte de dos grupos en común; uno de blancos, anglosajones y protestantes, y otro de blancos católicos de origen francés. Ambos grupos, poderosos y elitistas, se subdividieron a su vez en dos agrupaciones políticas: el Partido Liberal y el Partido Conservador. Desde ahí masificarían sus intereses, principios e ideología para dominar a una nación multicultural que ha mantenido desde hace más de siglo y medio una estructura política que en el resto del mundo Westminster ya ha sufrido adaptaciones y cambios, pero que en el caso de Canadá permanece incólume y altiva en pleno siglo XXI.